

La democracia cristiana en América Latina

Clodomiro Almeyda

Clodomiro Almeyda: Abogado, profesor universitario y sociólogo chileno. Fue canciller durante el gobierno de Salvador Allende. Autor de varios libros y ensayos, entre ellos: "Reflexiones Políticas"; "Hacia una Teoría Marxista del Estado"; "Sociologismo e Ideologismo en la Teoría Revolucionaria" y "Liberación y Fascismo".

Los primeros grupos socialcristianos surgen a comienzos del siglo en los países más evolucionados de América Latina bajo la influencia de la encíclica Rerum Novarum y de las primeras manifestaciones de la lucha de clases en el subcontinente, casi siempre en el seno o allado de los viejos partidos conservadores.

Esta tendencia, marginal y minoritaria como expresión política del catolicismo, se refuerza en los años treinta y durante la guerra y la posguerra estimulada por la corriente católica renovadora, inspirada en las ideas humanistas y democratizantes de Maritain y por el compromiso de muchos cristianos en la lucha antifascista.

Surgen así en muchos países partidos demócratacristianos, con principal audiencia en las clases medias. Por diferentes razones estos partidos recogen e incorporan a su acervo ideológico las teorías desarrollistas que se originan alrededor de la CEPAL y se ligan así a la tecnocracia modernizante.

En la mayoría de los países latinoamericanos, esta tendencia no logra reflejarse en partidos fuertes y convertirse en opción real de poder, salvo en Chile y Venezuela. Su carácter a la vez reformista y conservador, los convierte en preferidos agentes de la política de la Alianza para el Progreso, en los años sesenta.

El agotamiento del modelo desarrollista reformista y los cambios experimentados en la Iglesia luego del Concilio

Vaticano II y de la Conferencia Episcopal de Medellín, favorecen la formación de otra tendencia mucho más radical y comprometida inspirada en la llamada 'Teología de la Liberación': Esta corriente influye, pero no es determinante en el conjunto de la democracia cristiana latinoamericana, la que en general se alinea en una posición política centrista y arbitral frente a la lucha de clases.

En general, la fuerza de la democracia cristiana deriva más de su rol en el centro político, y de su influencia informal en la tecnocracia, el movimiento sindical y la Juventud, que de su potencialidad orgánica. Encuentra por otra parte un importante competidor en los partidos de orientación socialdemócrata con los que se disputa la hegemonía del centro político, a la vez que se desarrollan en su seno tendencias antagónicas de derecha y de izquierda que conspiran contra su operatividad.

Sabida es la relación estrecha que en el pasado existió en la generalidad de los países latinoamericanos entre las corrientes y facciones políticas conservadoras -ligadas al pasado colonial-, y la Iglesia católica, como institución puente que prolongaba después de la independencia, el modo de vida y de pensar prevalecientes durante la colonia, indisolublemente ligada al sector más tradicional e impermeable a los cambios de las oligarquías dominantes. En cierta medida los partidos conservadores eran el brazo político de la Iglesia en su rol de institución superviviente del pasado colonial y de los valores e intereses que imperaban en ese periodo.

Los primeros cambios en esta situación se produjeron a fines del pasado siglo y a comienzos del presente, como producto de dos factores concomitantes y complementarios. En primer lugar, de los cambios generados en la Iglesia como tardío producto de su toma de conciencia de la caducidad del pensamiento tradicional frente al florecimiento del liberalismo, como ideología natural del impetuoso desarrollo capitalista. Y en segundo lugar, de la emergencia de la llamada "cuestión social", ligada al alarmante fenómeno que significaba para la Iglesia la creciente "apostasía de las masas", las que percibían a la milenaria institución y a sus seguidores, como poderosos y principales sostenedores del orden existente. La encíclica "Rerum Novarum" de León XIII simboliza este intento de primer "aggiornamento" de la Iglesia a los nuevos tiempos. Procuraba la Iglesia en ese trascendental documento deshacerse paulatinamente de sus vinculaciones con el pasado anterior a la revolución francesa, que la ataban a las vetustas y decadentes aristocracias europeas y poder así asumir en el nuevo contexto del mundo capitalista -cruzado por la contradicción entre burguesía y proletariado-,

un rol de prudente mediación y arbitraje. Por una parte se legitimaba la propiedad privada de los medios de producción, pero se condenaba a su vez los excesos del capitalismo liberal que había llevado al proletariado a sufrir un régimen de explotación "que poco difiere del de los esclavos". Por otro lado, se anatematizaba con igual o mayor energía, al socialismo y al comunismo, en tanto diabólicas utopías contrarias al derecho natural e "intrínsecamente perversas", incompatibles e inconciliables por tanto, con los valores cristianos.

Como la aparición del documento pontificio a que nos referimos, coincidió con las primeras manifestaciones agudas de la "cuestión social" y de la lucha de clases en los países más avanzados económica y culturalmente en América Latina, no es de extrañar que en el seno de los conservantismos y fuera de ellos, comenzaran a gestarse grupos católicos, especialmente de jóvenes y de gentes de las clases medias, que procuraban difundir estas nuevas ideas especialmente entre los artesanos, mutualidades, cofradías y beneficiarios de la acción caritativa de la Iglesia.

Sin embargo, en ninguna parte de nuestro continente en el primer tercio del presente siglo lograron estos nucleamientos "socialcristianos" convertirse en actores políticos significativos. En el seno del conservantismo, eran sólo minorías disidentes incapaces de disputar la hegemonía a las oligarquías tradicionales. Y fuera del conservantismo, apenas lograron cristalizar en grupos más bien ideológicos y de propaganda -que en verdaderos protagonistas políticos-. La inquietud, la movilización y la organización obrera y de la pequeña burguesía en proceso de radicalización se expresó por otros cauces y vías. No olvidemos la fuerte y explicable connotación anticlerical de las primeras manifestaciones de la izquierda latinoamericana y de la protesta social.

Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, se fortalecieron a escala universal, y por lo tanto también en el mundo cristiano, las tendencias antiautoritarias, antimilitaristas, democráticas y pacifistas. Pero contradictoriamente, a la vez, la reacción conservadora respondió en Europa a esta ola liberalizante con un Primo de Rivera y una reactualización del integrista católico fundamentalista en España, con un Maurras en Francia y, principalmente, con un Mussolini y su fascismo en Italia.

Esta bifurcación de la cultura política católica entre una vertiente neoconservadora y autoritaria, que fue principal fuente del fascismo, y una vertiente que intentó ligar al catolicismo con el liberalismo democrático burgués, se proyectó también a América Latina, y continúa hoy siendo el telón de fondo del actual alineamiento político que divide a los cristianos en nuestro continente.

El nacimiento de la democracia cristiana latinoamericana

Las nuevas promociones de jóvenes católicos latinoamericanos se escindieron pues en esos dos bandos: el que tomó partido por la "autoridad", la "tradicición" y el

"nacionalismo" y el que se abanderizó con la democracia. el antifascismo y el modernismo, pretendiendo secularizar la acción política de los católicos e independizarla de la Iglesia como poder temporal. Se recurrió para esto último a la nueva versión del tomismo que racionalizó Jacques Maritain, y que se expresó teóricamente en su obra "El Humanismo Integral", de profunda influencia en la conformación ideológica de los primeros grupos socialcristianos -volcados hacia lo político-, grupos que a esas alturas cabe calificar ya como inspiradores y fundadores de lo que después fue la democracia cristiana.

En el periodo que se abre después de la gran crisis de 1929-30 -en que América Latina se empeña por afianzar la democracia, promover el desarrollo económico asumiendo el Estado un papel promotor en ese proceso y se desencadena una vasta lucha social entre el pueblo y las clases dominantes por repartirse los frutos del crecimiento económico-, la suerte que corrieron las tendencias social cristianas en formación fue muy diferente.

En aquellos países en que el liderazgo político en esta etapa de democratización y desarrollo económico hacia adentro, fue asumido por fuerzas políticas enraizadas en la historia o que se forjaron ligadas a los movimientos de tradición progresista anticlerical, la democracia cristiana no pudo jugar un papel significativo y fue a lo más, una ala avanzada dentro del conservantismo o un sector político de centro más o menos marginal, inclinado a veces a la izquierda. y las más de las veces hacia la derecha tradicional.

Esto ocurrió, por lo menos al comienzo del periodo, en la casi totalidad de América Latina. En México, esa función mediadora la cumplió el PRI. En Colombia la fuerza de los partidos tradicionales liberal y conservador, no le dejó espacio político a la democracia cristiana, salvo su influencia en un sector conservador. En Argentina. el peronismo y el radicalismo -no obstante su antagonismo político-, el populismo del uno y el demoliberalismo del otro, copaban el campo del centro político y marginalizaban a los ensayos por constituir actores relevantes de orientación democristiana. Lo suyo puede decirse del Brasil, donde el "varguismo" y la oposición liberal tampoco dejaron campo abierto para una nueva expresión centrista. En el Perú, entre el APRA y los militares progresistas que luego liderizó Velasco Alvarado no hubo tampoco condiciones favorables para la expansión democristiana. Esa fue la regla general en la época.

Esto no quiere decir que no se formaran partidos de orientación demócratacristiana durante los años cuarenta y cincuenta. Sí los hubo, pero sin particular vigencia política. Nació la Unión Cívica en el Uruguay, la Falange Nacional en Chile, COPEI en Venezuela, un PDC en la Argentina. pero hasta entonces sin poder abrirse un camino propio y trascender el nivel de meros grupos ideológicos o de partidos minoritarios, con especial audiencia entre los universitarios de centro y en ciertos círculos profesionales moderados, ajenos al anticlericalismo decimonónico, y que buscaban algún referente ideológico nuevo que pudiera antagonizar como utopía a la que levantaba con fuerza la izquierda marxista.

La democracia cristiana y su simbiosis con el desarrollismo

En todo este periodo, el principal adversario de las tendencias democristianas se encontraban en el propio tronco conservador del cual se habían desprendido o con el que competían en su seno, cuando no se habían segregado orgánicamente de aquél.

Varias circunstancias muy importantes ocurridas a fines de los años cincuenta y a comienzos de los sesenta iban a crearle un espacio político propio a la democracia cristiana que supo aprovechar y que la convirtieron en un actor político de alcance continental, aunque con desigual gravitación en los distintos países.

La primera de esas circunstancias deriva de que fue dentro de la intelectualidad demócratacristiana donde mayor acogida encontró la ideología desarrollista, tecnocrática y modernizadora que se gestó a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) bajo el liderazgo de Raúl Prebisch y que proporcionó un elenco novedoso, creativo y coherente de ideas para enfrentar la problemática de los países en desarrollo durante la posguerra y en especial en América Latina.

Las nuevas concepciones del equipo "cepaliano" no fueron naturalmente del agrado de los sectores conservadores adscritos a una imagen de engarce neocolonial de América Latina en la economía mundial, ligadas a las clases terratenientes, a las finanzas y al comercio internacional y a la vieja industria dependiente y tributaria del capital extranjero. Las ideas de Prebisch, favorables al desarrollo industrial autónomo sustitutivo de importaciones, a la expansión del rol del Estado como promotor de ese proceso y a la ampliación del mercado interno vía el aumento del poder de compra de los trabajadores y clases medias, no podía encontrar acogida en los intereses representativos de la anacrónica estructura económica latinoamericana que hizo crisis con la gran depresión.

La ideología "cepaliana" también era ajena y se encontraba desfasada de las preocupaciones de la izquierda tradicional -congelada en la lucha contra la "Cruz y la Espada" - y desinteresada del estudio de las reales condiciones económicas del continente y de las vías para superarlas. Reacción parecida produjo la ideología desarrollista en la izquierda de orientación marxista, alienada por su parte también de la realidad del continente y obnubilada por el esplendor de la utopía socialista -que se hacía carne en la Unión Soviética y los países que en la posguerra emprendieron la vía hacia el socialismo-. Aunque en este caso, se asimiló por esta izquierda buena parte de las ideas cepalianas, pero sin integrarlas en un cuerpo coherente de conceptos que implicara una real síntesis entre ambas visiones de la realidad. De ello resultó una confusa mixtura ideológica y no un enriquecimiento del marxismo con los aportes de la nueva ciencia social.

La ideología desarrollista fue recepcionada y acogida con entusiasmo por parte

importante de la intelectualidad demócratacristiana y de la nueva tecnocracia, a la vez que proporcionó un proyecto de desarrollo latinoamericano, alejado por igual de la visión neocolonial de la oligarquía tradicional y del izquierdismo de raíz marxista, todavía en proceso de maduración y enajenado de la concreta problemática que le correspondía asumir.

En alguna medida y en ciertos países, la mixtura entre el humanismo de raíz cristiana de Maritain y la ideología desarrollista cepaliana, devino en la única alternativa ideológica consistente -en una posición de centro-, frente a las ideologías del pasado en descomposición y a las del futuro, todavía insuficientemente elaboradas. Vale la pena consignar el papel decisivo que en este proceso de creación ideológica tuvieron algunos intelectuales esclarecidos de orientación demócratacristiana, como el prematuramente fallecido economista chileno Jorge Ahumada, que fue quien mejor sintentizó los rasgos del pensamiento que habría luego de convertirse en bandera ideológica de la democracia cristiana latinoamericana. La acogida de estas ideas en las burguesías nacionales, interesadas en la industrialización sustitutiva de importaciones y en la clase obrera en expansión, preocupada de obtener mayor participación en la distribución de los frutos del progreso económico y mayor influencia política. así como en sectores campesinos a los que se les ofrecía un programa moderado de reforma agraria. le crearon a la naciente tendencia desarrollista demócratacristiana un potencial de apoyo social, que en algunos países logró concretarse en fuerza política real.

La influencia del progresismo católico europeo

El estímulo que los movimientos cristianos antifascistas europeos en la inmediata posguerra, le proporcionaron a las corrientes renovadoras en la Iglesia. especialmente en Francia e Italia también se reflejó en América Latina. Grupos de estudio y de investigación católicos intentaron también modernizar en nuestra América el pensamiento socialcristiano, y hacerlo descender del plano de las querellas teológicas con el conservantismo tradicional, al mucho más concreto de la búsqueda de soluciones a los graves problemas terrenales que, de no enfrentarse, podrían engendrar en América Latina condiciones revolucionarias indeseables para la ideología moderada y reformista de estos renovadores del pensamiento político cristiano. Recordemos al respecto la labor del jesuita Roger Veckemans y de su influencia a través de las instituciones en que él trabajó, en vastos sectores de científicos sociales tanto de orientación cristiana, como incluso laica.

El compromiso de muchos cristianos europeos en la lucha democrática contra el fascismo en los años inmediatos a la guerra acrecentó su influencia en América Latina, cuando se articuló con el proceso general de "aggiornamento" de la Iglesia católica que comenzó a incubarse en esos años y que tuvo sus grandes adelantados intelectuales en hombres de la talla de un Teilhard de Chardin, quien concibió una lectura filosófica del cristianismo compatible con el marxismo, por su raíz hegeliana y que luego culminó en el Concilio Vaticano II. Todo ello ayudó al ala progresista del catolicismo latinoamericano en su porfiada pugna con el integrista

enraizado especialmente en la ideología reaccionaria del franquismo español.

La democracia cristiana, la revolución cubana y la Alianza para el Progreso

El otro gran acontecimiento que, junto con la adopción por la élite intelectual católica del desarrollismo cepaliano, contribuyó a catapultar a la democracia cristiana cibió para ella el imperialismo norteamericano durante la administración Kennedy.

No es necesario reiterar aquí la significación de la revolución cubana en América Latina y en los Estados Unidos.

En síntesis, podemos decir que desde el punto de vista de las clases dominantes latinoamericanas, y en especial de sus sectores más lúcidos y evolucionados, como también desde el punto de vista sobre todo geopolítico del "establishment" norteamericano, era necesario encontrar alguna forma para dar una salida a la aguda problemática social y económica de nuestro subcontinente, que pudiera canalizar la necesidad y los anhelos de transformaciones sociales por otra vía que la revolucionaria que ofrecía la revolución cubana. Se trataba de evitar la repetición de esa experiencia en tierra firme latinoamericana y mantener la hegemonía política de los Estados Unidos en el continente, en una arena internacional todavía dominada por el clima de "la guerra fría" y del enfrentamiento Este-Oeste.

Se concibió así por la administración Kennedy, la llamada política de la "Alianza para el Progreso", cuyas características y propósitos son de sobra conocidos. Se perseguía estimular y ayudar a los esfuerzos reformistas en América Latina, para alejar el peligro de la revolución y de implantar en el subcontinente regímenes formalmente democráticos, sustentados en las burguesías nacionales, con apoyo obrero y campesino, presuntos beneficiarios de las reformas que se quería promover.

Si no el exclusivo, uno de los potenciales agentes políticos disponibles que podían servir de promotores de la "Alianza para el Progreso", lo era en general la tendencia desarrollista democratacristiana, constituida ya en actor ideológico a escala continental, y los partidos políticos inspirados en esa corriente. La iniciativa pudo implementarse con facilidad en Chile, donde la fusión de parte del conservantismo con la Falange Nacional, restos del ibañismo y sectores independientes moderados habían conformado una fuerza capaz incluso de llegar a aspirar a que su principal líder, Eduardo Frei, conquistara democráticamente la Presidencia de la República. Un poco más complicado se presentaba el problema en Venezuela, donde no sólo COPEI -de orientación democristiana-, sino también la propia Acción Democrática -su natural antagonista-, podía servir de agente implementador de la política prohijada por la Casa Blanca. En general, con mayor o menor capacidad de influir en el proceso político, los agrupamientos democristianos pasaron a ser potenciales o reales propulsores de la política de la Alianza para el Progreso.

Las conexiones internacionales de los demócratacristianos

Sobre el trasfondo de estos acontecimientos, la democracia cristiana de vino en América Latina en actor político importante, aunque sólo en una minoría de países, singularmente Chile y Venezuela, logró ello cristalizar en partidos políticos de real fuerza orgánica y social, a la vez que ideológica. A fortalecer este protagonismo continental influyó también significativamente la vinculación de las tendencias demócratacristianas latinoamericanas con sus homólogas europeas -especialmente las de Alemania e Italia-, y que culminaron con la creación, en un Congreso realizado en Santiago de Chile en 1961, de la Unión Internacional Demócrata Cristiana. A lo que siguió pocos años después la constitución de la Organización Demócrata Cristiana de América Latina (ODCA) con un indiscutido liderazgo de chilenos y venezolanos. Igualmente en el plano sindical, las centrales hegemónicas por esta tendencia, aunque escasas y minoritarias, se nuclearon entre sí bajo el alero de la Confederación Mundial del Trabajo y su filial latinoamericana, la Confederación Latinoamericana de Trabajadores, que son los referentes sindicales de esta corriente ideológica.

Por último, no poco han influido también a estimular esta tendencia política en América Latina. las relaciones de sus líderes con los liberales norteamericanos y su influencia en los organismos internacionales del sistema de las Naciones Unidas, donde representantes suyos han desempeñado y desempeñan funciones de relevante importancia.

La democracia cristiana como opción del imperialismo

A pesar de su expansión y desarrollo en el continente y de su significativa inserción en el contexto político internacional, en la mayoría de nuestros países no es al día de hoy la democracia cristiana, como fuerza política orgánica y partidaria, una opción real de poder, que pueda convertirla en todas partes en agente privilegiado del imperialismo para implementar su política conservadora. Este busca ansiosamente fórmulas de recambio para evitar que el colapso de las dictaduras militares reaccionarias, genere condiciones para que se reproduzca en las democracias recién instaladas su radicalización en un sentido democrático-revolucionario, como ha ocurrido en Nicaragua.

Pero conspira contra ese propósito de instrumentar a la democracia cristiana eficazmente en su servicio, no sólo el hecho de que ésta no haya alcanzado en todo el continente el suficiente poderío, sino también la resistencia de sus alas de izquierda a que cumplan esa tarea, ya que éstas sustentan en algunos países definidas posiciones antimperialistas.

Hasta ahora, al menos, en México no es la democracia cristiana un actor político relevante. Salvo que en el futuro una crisis del PRI y un proceso de camuflaje del PAN tras la ideología demócratacristiana, convirtieran a este partido en aliado

preferente del imperialismo, sustituyendo al PRI como representante privilegiado de la burguesía nacional y de las vastas capas sociales que éste hasta ahora controla.

En Colombia, la democracia cristiana no es alternativa de poder y se expresa más dentro del ala progresista conservadora representada por el presidente Betancourt. Más bien es el ala derecha de los liberales la que pudiera ser allí el mejor agente oficioso del imperialismo.

En el Ecuador, la democracia cristiana puede llegar a ser una opción de poder, si fracasa el actual régimen derechista. Pero en este país el Partido Izquierda Democrática y hasta los restos del populismo "bucaranista" pueden disputarle con éxito ese rol.

En el Perú, fue un tiempo el APRA quien mejor pudo servir de promotor de la política yanqui. Ahora no parece ser así, y es la derecha, -de vuelta del "belaundismo" -, y el Partido Popular Cristiano, quienes estarían en mejores condiciones de servir los intereses norteamericanos, pero con un marcado sesgo reaccionario. Lo que fue no hace muchos años un proyecto de un auténtico Partido Demócrata Cristiano, colapsó ya hace tiempo y sus restos han perdido relevancia o han ingresado a otras tiendas políticas.

En el Brasil, la democracia cristiana, como partido, no es actor político. Los que en una época pudieron derivar hacia la constitución de una colectividad de esa especie, están distribuidos ahora en diversos partidos. Los unos, en el Partido de Trabajadores liderizado por Ignacio da Silva (Lula), que tiene un carácter populista, espontaneista y radicalizable, ligado a las comunidades cristianas de base, que poco se aviene con el intelectualizado esquema desarrollista de las élites demócratacristianas. Otros militan o apoyan a algunos de los componentes del PMDB, sin conformar allí una tendencia clara. No escasean tampoco los que siguen el liderazgo de Brizola y de su PDT.

En Bolivia, las dos alternativas que satisfacen preferentemente al imperialismo -Banzer y sus partidarios, y el MNR de Paz Estenssoro-, no se reconocen ligadas a la ideología ni a las tendencias políticas demócratacristianas. Las que allí un tiempo sustentaban esa ideología evolucionaron hacia la izquierda, constituyendo el MIR, ahora fraccionado.

En el Uruguay, la democracia cristiana es un partido pequeño integrante del Frente Amplio, donde no es ni mucho menos determinante.

En el Paraguay, también los demócratacristianos son aliados secundarios de los liberales, del febrerismo y de las disidencias "coloradas" que nuclean al grueso de la oposición.

En Argentina han fracasado los sucesivos esfuerzos en hacer cristalizar en un

partido fuerte a la corriente demócratacristiana. Ahora mismo, los que reconocen militancia en entidades con esa denominación, se encuentran divididos en dos organizaciones, una proclive a conformar un frente unitario democrático de izquierda y otra que se inclina por una posición más de centro. Sin perjuicio de que gentes de orientación demócratacristiana las haya, y no pocas, en las diversas tendencias peronistas e incluso hasta en el propio radicalismo.

En casi todos los países aludidos, la democracia cristiana encuentra poderosos rivales para el rol de agente principal del proyecto imperialista de un liberalismo modernizado, más o menos reformista. Casi todos estos rivales son de orientación socialdemócrata, cuyos parámetros ideológicos no difieren mucho del de los demócratacristianos, y se disputan con ellos la hegemonía del centro político y el control burocrático del poder.

Dentro de nuestro continente, aunque con diferentes matices, es en América Central y en el Caribe donde la democracia cristiana se presenta como alternativa privilegiada de recambio para las dictaduras represivas tradicionales, y como freno y contención para el movimiento democrático-revolucionario.

Lo es ya desde luego en El Salvador, donde la administración Reagan se está jugando sin reservas por el régimen demócratacristiano de Duarte. Lo es y lo será más claramente también en Guatemala, en la medida que Vinicio Cerezo logre domesticar a sus díscolas fuerzas armadas, y no radicalice demasiado sus posiciones. Lo está siendo también cada vez en Costa Rica, en la medida que Figueres y su gente empujan al Partido Liberación Nacional a una política respetuosa de la soberanía nicaraguense. En Haití, el núcleo de la oposición a Duvalier, estuvo constituido por tendencias y por organizaciones demócratacristianas. Y se dice que en República Dominicana - para presentarse mejor ante los norteamericanos-, Joaquín Balaguer quiere apropiarse de las banderas demócratacristianas para disputar al poder a la dividida o casi dividida socialdemocracia agrupada en el PRD.

Las cosas no son tan claras en Panamá ni en Nicaragua. Pero allí, por distintas razones, el antitorrijismo y el antisandinismo -en este último caso teniendo en cuenta la política reaccionaria de la jerarquía eclesiástica-, no es difícil que también terminen ambos por cobijarse en el ámbito demócratacristiano continental, como buena carta de presentación ante las fuerzas centristas del continente y ante el liberalismo estadounidense.

En Sudamérica, el ya relativamente consolidado sistema político bipartidista en Venezuela, le da al partido social cristiano COPEI el carácter de aspirante tradicional por el poder en competencia con Acción Democrática, de orientación socialdemócrata. En ese país, por lo tanto, uno de los escenarios en que un partido demócratacristiano constituya un opción capaz de obtener el control del Estado, como ya lo ha logrado en dos ocasiones.

En Chile, la democracia cristiana, a través de un progresivo proceso de reubicación política, ha sabido situarse en el centro del arco partidista chileno, desplazando al radicalismo, al menos por ahora, en esa espectable posición. En ese carácter se autoconsidera como aspirante privilegiado con sus aliados de centroderecha y centroizquierda, para administrar la transición a la democracia, que en una u otra forma ya se vislumbra en el país andino. Su competidor en la pugna por hegemonizar a la oposición antidictatorial, el Movimiento Democrático Popular, de orientación izquierdista democrático-revolucionaria, ha logrado influir en la base social y política del PDC, al menos generando una corriente proclive al entendimiento de éste con la izquierda, que pudiera conformar una amplia mayoría nacional favorable a que la reimplantación de la democracia en Chile, vaya acompañada de reformas institucionales y económicas que permitan que el país pueda retomar el camino de las transformaciones sociales interrumpido por el golpe militar de 1973.

La Iglesia católica, la Teología de la Liberación y la democracia cristiana

Es indiscutible que el Concilio Vaticano II y el proceso general de "aggiornamento" de la Iglesia sirvió de estímulo poderoso al progresismo cristiano en América Latina.

Pero la convulsión económica, social y política que comenzó a vivir intensamente el continente, cuando se inició el agotamiento del modelo de industrialización fácil sustitutivo de importaciones, generó un espacio en el mundo cultural y político cristiano, en el que se fue desarrollando y abriendo paso una tendencia católica radicalizada, fuertemente influenciada por el pensamiento marxista en su aspecto método lógico, y proclive a comprometerse políticamente en la lucha social por la justicia, la libertad y la democracia en nuestro continente. Esta corriente influyó notoriamente en las orientaciones pastorales de la Iglesia latinoamericana, que se aprobaron en las conferencias episcopales de Medellín y Puebla, en el sentido de hacer de la "opción preferencial por los pobres" un elemento constitutivo del accionar de la Iglesia. Se intentó allí que los cristianos pudieran asumir la realidad del continente a través de una lectura del mensaje evangélico que conlleva un compromiso con el proceso emancipador de los oprimidos en el empeño de comenzar a construir el Reino de Dios en la tierra.

Surge así la llamada "Teología de la Liberación" y toda una corriente de sacerdotes y laicos comprometidos en la lucha social y hasta en el mismo proceso revolucionario y sus organizaciones. Las fuentes ideológicas, sociales y teológicas de esta corriente son muy otras que las de la democracia cristiana. Quiénes la sustentan son otro tipo de gentes. Desde luego no son ni pretenden ser "término medio", "árbitros" ni "mediadores" en el conflicto social, sino protagonistas activos al servicio del interés y de los objetivos de uno de los protagonistas de la contienda social: el pueblo, los pobres, los oprimidos. No pertenecen por lo general a las "élites académicas" ni a la clase política, sino son más bien eclesiásticos y seglares ligados a la lucha social, inmersos en el seno de las poblaciones obreras y

marginales y promotoras activas y gestoras de las comunidades cristianas de base y otras organizaciones populares. Ello no obstante que algunos de sus más preclaros exponentes hayan logrado ocupar, no sin problemas, altos cargos en la jerarquía eclesiástica.

Se trata en consecuencia de otra corriente ideológico-espiritual, con otra cultura política. No separada tajantemente de la democracia cristiana -en la naturaleza y en la sociedad no hay límites absolutos-, pero distinta en su inspiración, motivaciones y valores. Algunos de sus simpatizantes seculares militan en organizaciones demócratacristianas, otros en diversas fuerzas de izquierda avanzada, y los más actúan independientemente en los medios populares.

La aparición de esta corriente -que como es sabido ha encontrado seria oposición en la jerarquía y en los sectores católicos conservadores-, está generando como subproducto un hecho que hay que registrar. sectores del arrinconado conservantismo católico se ha ido acercando a las posiciones demócratacristianas, contribuyendo con ello a la derechización de la misma, fenómeno que se corresponde y contrapone con la tendencia opuesta hacia la radicalización de sus sectores más avanzados, sobre todo en su base popular, bajo la influencia de la "Teología de la Liberación" y de su praxis social.

¿Qué es hoy en esencia la democracia cristiana en América Latina?

En general ya manera de síntesis, tenemos que visualizar a la democracia cristiana en América Latina, como un importante factor de poder, de carácter informal y cultural cuya influencia proviene más de sus vinculaciones con la "inteligencia" tecnocrática, con el mundo de los negocios, con las élites académicas y con importantes sectores del sindicalismo, como también de sus conexiones internacionales, que de su real fuerza como agente político organizado capaz de controlar como partido el poder, circunstancia que se da sólo excepcionalmente en algunos países, como se deja señalado en el cuerpo de este artículo.

Cabe señalar también que en el proceso que objetivamente va viviendo la democracia cristiana en nuestro subcontinente, los ingredientes propiamente cristianos y confesionales que la distinguieron al nacer, han ido perdiendo paulatinamente importancia. En algunos de sus partidos, muchos de sus adherentes, incluso sus ideólogos más destacados no son católicos y se sienten interpretados por esa tendencia más por el carácter humanista, centrista y reformista que advierten en su postura política que por consideraciones de carácter religioso, de las que son totalmente ajenos.

Como se deja dicho, la democracia cristiana, no obstante su significación como factor de poder en América Latina no es el protagonista decisivo en su proceso político. Desde luego porque en muchos e importantes países no ha logrado cristalizar orgánicamente en partidos fuertes. En otros, porque como instrumento de una política a la vez reformista y conservadora, acorde con el interés del

imperialismo, tiene competidores de orientación socialdemócrata que la igualan o superan en sus posibilidades de influencia y poder y pueden ser preferidos por quienes podrían ser sus principales promotores internos y externos. Y en otros casos, porque el desarrollo en su seno de tendencias antagónicas, pueden llevarla al inmovilismo y a su neutralización política y hasta a eventuales divisiones.